

EMILIO CARRERE ESCRIBIO SOBRE FRANCO

Por Eugenia SERRANO

HA vuelto a la ramplona actualidad de nuestros días, Don Emilio Carrere. En un periódico arrevistado, o revista con ínfulas de periódico, casi se le acusa de haber vivido en la Casa de las Flores, en el piso donde vivió Pablo Neruda, seudónimo de Neftali Reyes, judío chileno. Pablo es nombre de judío converso. Neruda lo tomó del hebreo checho Jan Neruda, el de los Cuentos. No se si sería cierto que Carrere vivió en el mismo piso, o sólo en el mismo inmueble. De todos modos algún derecho tendría como madrileño y antiguo vecino de la capital. Cuando Neruda vivió en la Casa de las Flores, no era gordo y búdico, como lo retratan ahora, entre otros, los fabuladores que no lo conocieron. Levemente marsupial, como todos los hebreos, sólo en eso se le notaba el judío. Piel de luna, alimonada, muy, muy limpio, muy cuidado, vestido deportivamente, pero con cosas muy caras. El encorbate empezó después, cuando pasó a hacer de poeta capitalista redimido por los soviéticos. Bonito, aparte de su pulcritud, sólo tenía el pelo liso, con mil aguas. Le protegían, en su modesta tarea de cónsul, los Morla, diplomáticos de alto copete, y muy elegantes. El, aficionado en exceso a los toreros dorados y al pobre Federico García Lorca, al que Neruda ofrecía públicamente, en su *"Residencia en la Tierra"*, salió la primera edición en 1936 *su amistad de varón varonil*. Era entonces el poeta un tipo muy hispanoamericano, masón, masón. Recusaba—una, con algunos más, se lo oyó—el Frente Popular, porque *quien gana en eso es el comunismo. Tu lo entiendes Eugenio*. Eugenio era Eugenio Mediano, para quien yo acababa de comprar el último libro del cónsul que casi venía de Mandalay. De niña y adolescente yo he manejado siempre mucha plata familiar de hija, nieta, sobrina única, tesoro perulero de mi sangre. Creo que el libro valía siete duros de plata, de los de entonces. Una fortuna. Vale esto porque en este mismo Alcázar, respaldado empresarialmente por gentes de José Antonio Girón, en el 54, 55, 56 y algún año más, una se ha aburrido de citar, con vía libre, versos de Neruda. Ahora como los citais vosotros, oportunistas de la mamadera roja, que lo chupeis en exclusiva vosotros, hasta desacreditarle. Hasta que dé náuseas.

Tiempos en que Juan Ramón Jiménez citaba a María Teresa León—mujer del general León—sobrina de Menéndez Pidal, como *la conozco, tiene el retrete —W.C.—, forrado de damasco rojo*. Y aludía a Neruda, sospecho que por la breve edición y poema de *Villa mediana me gustaba*. Pero, desde que te gusta a ti, ya no me gusta.

Todas estas cortesías se publicaban en las páginas literarias del *Sol*, para gran regocijo de la grey menuda y estudiantil.

Opaca y de salmodia, de Yom-Kipur, era la hebrea voz de Neruda. Y no hacía mal. En los discos que se dan hoy está hecha una pena. Para subsistir vital y razonablemente, el poeta tenía que recurrir, de antaño, al alcohol y a algún excitante más, que entre indios es normal. La voz se le fue adelgazando. En su subsistencia, personal y familiar, le falló el Gobierno chileno. Que le plantó en la calle. Y allí el consul tuvo que arriar su bandera burguesa; su regalada vida, no. Y el Partido Comunista, vía Rusia le acogió, aprovechó y expresó.

Como poeta es muy desigual. Y, para los que se babean de deliquio elogiándole, ininteligible. ¿Que quiere decir cuando se refiere al mar, *verdes en cantidad*, de sus aguas y olas?. Buscar en la Química, oh malditos autodidactas ¿Que significa *el mar se ha puesto a golpear una mano de niña?*. Su propia hija, que nació monstruo-

sa, parte por el alcoholismo inveterado del poeta. Parte por que la madre holandesa, una verdadera belleza, muy alta y estrechísima de huesos, tenía algo raro en la pelvis. Y, por eso, y ya lo sabes, Rafael García Serrano, desde entonces Neruda buscó mujeres viejas, que no pudiesen ya concebir. Delia del Carril, por otra parte, era bellísima, pese a su gris cabello que no tenía, y su piel algo quebrada ya. Elegantisima, discreta y dulce. ¿Que quiere decir *Angela Adónica?* Buscar adónicos, en la preceptiva. ¿Quien es la niña de Mandalay?. La propia primera esposa. ¿De donde viene, a donde va, ese verso de *"El delgado labrador te da la espalda"*. Trasposición de Virgilio. Va a la luna que sala.

Con todas estas cosas recuerdo que se trata de un poeta pasado por la cultura. La lectura humanística, César Vallejo, la Mistral. Más el artificio hebreo. Más trabajador que un chino de Mao. Nada popular. ¿Que quedará de él?. Se verá.

Don Emilio Carrere era todo lo contrario. Un poeta claro y popular. Recuerdo que sus primeros versos, los oí siendo yo niña, un poco asustada por el pergeño mal afeitado del poeta, de labios de persona muy culta. Con esa cultura que ya perece. Humanidades, latín, carrera de Derecho, ingreso y algunos años de ingeniería, más esa vida deportiva del hombre del campo andaluz, esos andaluces finos que hablan sin acento. Me justificó, citando esto, al desastrado indumentario.

Cruzábamos tristemente las calles llenas de luna, y el hambre bailaba una zarabanda en nuestra mente.

Pues sí, se siente el hambre. Años después, en el Madrid de la postguerra mundial ya superada gracias a la unión del pueblo con Franco, un escritor traductor, con el más limpio castellano de España, aunque aniquilado en la publicidad por la genialidad de su hermano, volvió a defenderme a Don Emilio Carrere.

Eso de *"la tristeza de la amada mal vestida"*, es preciso y magnífico. Es verdad. Quien me descubrió el verso era Julio Gómez de la Serna, traductor impar.

Busqué lo que encontré del alabado, en librerías de viejo. Novelas cortas, unas buenas, otras menos. Pero Don Emilio tenía sentido del humor. En una, unos viejos amantes, que se han perdido, se encuentran. El empieza a delirar tiradas poéticas, mientras... *"la señora se entregaba religiosamente al anís"*. Verdadero y breve tratado de psicología amorosa.

Antes que Serrano Anguita, y por tanto mucho antes que Obregón, Carrere fue columnista del *"Madrid"*. Me refiero al primero, al de verdadero éxito, el de Don Juan Pujol. No he hablado más que una vez en mi vida con Don Juan y ya no vivía Carrere, y lo lamentaba el extraordinario periodista. Me explicó: *"Mire. Su columna diaria era de esas que suben la tirada del periódico donde se publica"*. Claro que los periódicos entonces, y hasta hace poco, hasta la muerte de Franco, justamente, estimaban mucho la aportación literaria. Los escritores eran todo.

En el 47 o 48, ví varias veces al poeta columnista por la calle. Estaba horrible. Su barba de tres días, nunca uno más, ya blanca. La capa. Bien. El sombrero. Bien. Los hombres llevaban sombreros, sobre todo, para poder quitárselos para saludar a una mujer. La cabeza estaba torcida, con el gesto. Una hemiplejía. Y, a su lado, de brace, pero llevándole ella, una mujer joven. No creo pisase la treintena. Alta, morena, muy flaca, una de estas caras que hoy resultan moderna. La musa se había enamorado del viejo poeta. Le iba a buscar todos los mediodías al café *"La elipa"* que hoy es una cosa donde se vende material depor-

tivo, de caza, camisería. *"La Elipa"*, decorada por el gran arquitecto Carlos Arniches, extraordinaria y muy madrileñamente, con la gran y severa distinción madrileña.

¿Quien puede hoy, siendo enfermo, medio paralizado y medio pobre, conseguir una adoración así? Y en la dura vejez. Claro que, entre otras cosas, el poeta gustaba de veras a Eva y ella le correspondía. O ellas. ¿Quien puede subir hoy, sin politiquear, con esta innoble politiquilla de después de Franco, y sin citar en crónica de sociedad, a típicos, sostener una leidisima crónica diaria en un periódico?. Con literatura, bohemia, y corazón, Carrere lo consiguió. Le censuran que escribió versos a Franco. Muy bien. Ya se había dicho *"lo de cambiaría mi pluma por tu espalda"*. Más tarde Machado el mayor, quería la pistola de capitán de Lister. La tinta y pluma de verdugo de Santiago Carrillo, no le tentaba, no. Neruda, en versos bien cortados, aunque equivocados, denostó a Sanjurjo. Don Manuel Machado hizo un soneto a Franco. Ovidio versificó en loor de Octavio Cesar. Y Virgilio señaló la Edad de Oro que traía consigo el mismo Octavio Augusto.

Los más antiguos han quedado. Los recientes están en tela de juicio aún. Los de hoy, que no desprecian a los escritores de pasado reciente que, a lo mejor y seguro, tienen más larga y pura vida literaria que los vivos y ¡que vivos!, que los denostan. Entre otras cosas porque no pueden responder los muertos geniales.

Me gustaría que algún editor con sensibilidad, desde luego el curioso Lara, no, hiciese que repasasen no sólo la obra, sino las crónicas de Carrere, en aquel periódico, tan bueno cuando era de otro franquista, Don Juan Pujol.